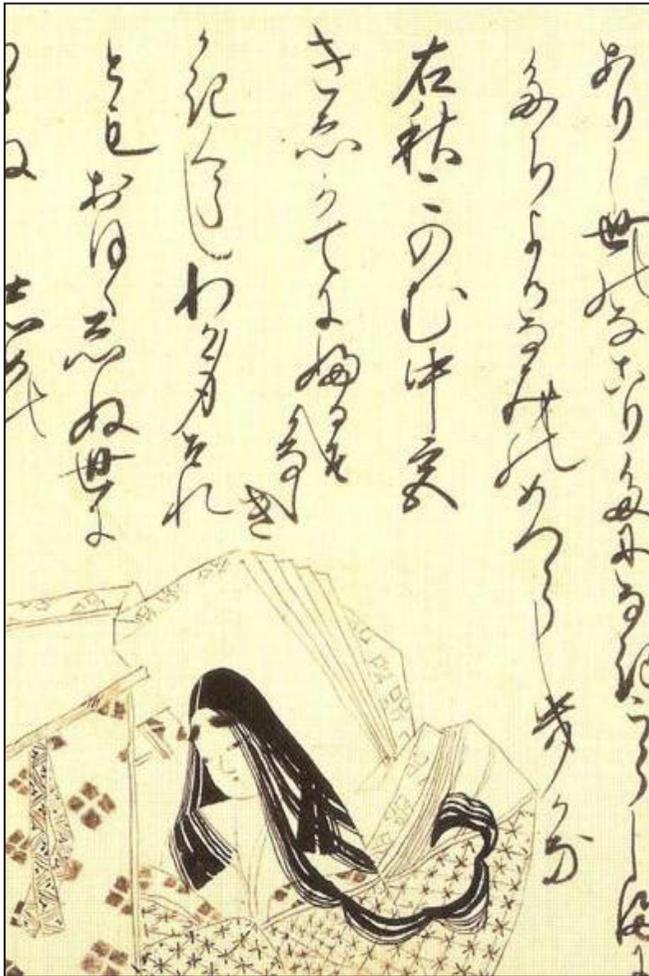


## Artículos





## **CERVANTES, PIERRE MENARD Y BORGES: UNA APOLOGÍA DEL LECTOR!**

**Ender Andrade**  
*Universidad de Los Andes, Táchira*  
*Universidad Nacional Experimental del Táchira*  
*enderandrade@hotmail.com*

### **RESUMEN**

En el presente trabajo se procura hacer un seguimiento de la ruta y los lectores-traductores que han intervenido en la lectura que Miguel de Cervantes ha realizado sobre la historia de Alonso Quijano, publicada en 1605, hasta llegar a una actual lectura que realiza Pierre Menard de “ese” Quijote de Cervantes. En este transitar podremos observar cómo para Cervantes y para Borges es fundamental el papel activo del lector como agente actualizable de la obra literaria, y cómo por medio de esta estrategia discursiva desacralizante del autor, ellos han dado un espaldarazo y resarcimiento hacia la figura, un poco desacreditada por algunos escritores, del lector.

**Palabras clave:** Lector, Cervantes, Quijote, Pierre Menard, Borges.

### **ABSTRACT**

This presentation is intended to do a research of the manner and the reader-translators that have a part in the reading that Miguel de Cervantes has done about Alonso Quijano, published in 1605, till we get to a current reading Pierre Menard do about “that” Quixote of Cervantes. In this reading we can take look of how for both, Cervantes and Borges is essential the active role of the reader as an updating agent of the literary piece, and how through this discursive non-blaming strategy of the author, they have given an award and a slap in the back to the figure, a little discredit by some writers, the reader.

**Key words:** Reader, Cervantes, Quixote, Pierre Menard, Borges.

---

<sup>1</sup> Una versión de este ensayo fue leída en el XI Congreso Internacional “Presencia y Crítica”. Literatura, Imaginarios y Certezas.

En 1967 Jorge Luis Borges dictó en la universidad de Harvard seis conferencias que posteriormente, en 2001, serían recopiladas en un libro titulado *Arte poética*. En una parte de su epílogo, el catedrático Calin-Andrei Mihailescu escribió, refiriéndose a este libro, que Borges había dictado estas charlas amparado casi exclusivamente en su capacidad mnemotécnica, citando a autores como Homero, Virgilio, Poe, Shakespeare, entre otros, pero sin recurrir nunca a los críticos ni a los teóricos de la literatura. (2001:175).

Sin embargo, en 1944, había aparecido un texto de Borges en el cual, aunque tampoco se valía de las opiniones de los teóricos de la literatura, sí quedaba en evidencia la sensación de que su estilo, su contenido y su composición se acercaban más al discurso del crítico literario que al del cuentista: el texto es «Pierre Menard, autor del Quijote». Por ende, para la disertación que aquí expongo, al texto de Borges en vez de llamarlo cuento, considero más apropiado asignarle el nombre de composición crítico-ensayística, pues como afirma Luis Barrera Linares:

La crítica debe ser entendida como un “discurso sobre la literatura de creación”, que incluye descripción rigurosa y debidamente documentada, análisis, *interpretación* y evaluación de los textos de creación literaria (...) la organización del texto ensayístico suele asentarse en ciertas *afirmaciones que el emisor no está en la obligación de demostrar* (...) El ensayo guarda relaciones muy estrechas con la llamada “prosa de creación”, en tanto que la crítica resulta mucho más vinculada con la “prosa científica” y la “prosa didáctica”. *El ensayo abstrae y sugiere, la crítica concreta, interpreta e informa*. (Barrera, 2003: 90-91). (Énfasis mío).

Y si uno analiza el discurso que es usado por Borges en el «Pierre Menard, autor del Quijote», notará cómo en él el narrador insiste en las argumentaciones ensayísticas, es decir, en interpretaciones, abstracciones,

sugerencias, informaciones y comparaciones tan inherentes a la crítica y no al cuento.

Esas obras, tal vez la más significativa de nuestro tiempo, consta de los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del *Don Quijote* y de un fragmento del capítulo veintidós. Yo sé que tal afirmación parece un dislate; justificar ese “dislate” es el objetivo primordial de esta nota (...) El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico (Más ambiguo dirán sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza). (Borges, 2006: 55-59).

Como es sabido, para Borges es muy recurrente, especialmente en el *Pierre Menard* «la metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación (...) Borges pone de moda las frases parentéticas y las notas, a veces apócrifas, al pie de página» (Menton, 1993: 45). Por eso, que el discurso y la estructuración de este texto de Borges se parezca tanto al estilo crítico-ensayístico, que esté escrito de esa manera —y no de otra—, es una clara manifestación de lo que el escritor argentino quiere expresar de entrada: el predominio de las cavilaciones del lector por sobre las «certezas» del autor de la obra.

En él la historia se centra en la búsqueda de un Borges narrador que emprende una investigación para reivindicar la obra de Pierre Menard. Con este artificio es evidente que el Borges autor procura dirigir nuestra atención no hacia el plano ideológico de un creador, sino hacia el otro eslabón fundamental de toda creación artística: el papel re-creador que todo lector desempeña en el diálogo literario. Sin duda alguna, no sólo el tiempo, la memoria y los laberintos eran temas fascinantes para Borges. Reflexionar sobre el rol del lector en toda obra literaria también le resultaba otro tema interesante y por eso nunca dudó en exaltarlos en cada uno de sus pronunciamientos:

He pasado la vida leyendo, analizando, escribiendo (o intentándolo) y disfrutando. He descubierto que esto último es lo más importante (...) Me considero esencialmente un lector. Como saben

ustedes, me he atrevido a escribir; pero creo que lo que he leído es mucho más importante que lo que he escrito. Pues uno lee lo que quiere, pero no escribe lo que quisiera, sino lo que puede. (Borges, 2001: 15-119).

El lector, para Borges, es la antípoda complementaria de la creación artística. Por ello, el escritor argentino destacaba las múltiples oportunidades que brinda la literatura. Por una parte y desde una visión “funcional”, la obra literaria constituye una realidad mutable e inacabable a lo largo de la vida de, incluso, un mismo lector, pues, al igual que expresaban los griegos, nadie se baña dos veces en el mismo río. Y por otra parte y desde una perspectiva más “trivial”, el texto literario ofrece otra vía posible para que el ser humano alcance la dicha:

Yo he tratado más de releer que de leer, creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído (...) Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres. (Borges, 2003: 21).

De esta forma, pareciera que Borges ofrece una exaltación y un resarcimiento del lector sin tomar en cuenta si lo hace desde una búsqueda lúdica en la que lo esencial sea sólo el disfrute, o si lo hace para analizar y juzgar críticamente a las obras de un autor: lectores estos últimos que muchas veces son desacreditados y menospreciados por los artistas. Refiriéndose a ellos, por ejemplo, García Márquez expresó que:

Puede ocurrir que los críticos, al contrario de los novelistas, no encuentren en los libros lo que pueden sino lo que quieren (...) Porque en general, con una investidura de pontífices, y sin darse cuenta de que una novela como *Cien años de soledad* carece por completo de seriedad y está llena de señas a los amigos más íntimos, señas que sólo ellos pueden descubrir, asumen la responsabilidad de descifrar todas las adivinanzas del libro corriendo el riesgo de decir grandes tonterías. (1982: 75).

No obstante, para Borges no hay distinción ni menosprecio hacia ningún tipo de lector: todos son importantes porque todas las visiones sirven para enriquecer una obra. Por esto Borges no parece compartir los mismos preceptos del Nobel colombiano:

Cada vez que leo un artículo sobre mí —y no sé por qué, parece haber muchísima gente dedicándose precisamente a eso—, generalmente quedo sorprendido y muy agradecido por los profundos significados que descifran en esos más bien azaroso apuntes míos. Evidentemente, les estoy agradecido, pues considero la literatura como una especie de colaboración. Es decir, el lector contribuye a la obra, enriquece el libro. (Borges, 2001: 142-143).

Entonces, si Borges era tan partidario de estos principios apologéticos del lector, ¿qué pre-texto le serviría para apoyar sus ideas? ¿Qué autor en la historia de la literatura universal había hecho esa misma propuesta en la que el lector debía contribuir al enriquecimiento de la obra? Necesariamente debía ser Miguel de Cervantes y su *Quijote*, pues las pautas fundamentales que el “Manco de Lepanto” manejó en esta obra eran compartidas ampliamente por Borges. Carlos Fuentes expresó que:

Con Borges, el significado de los libros no está detrás de nosotros. Al contrario: nos encara desde el porvenir. Y tú, el lector, eres el autor de *Don Quijote* porque cada lector crea su libro, traduciendo el acto infinito de escribir en el acto infinito de leer. (Citado por Figueroa, 2005: 169).

Y en Cervantes este acto infinito de leer quedaría para siempre plasmado en su obra inmortal. Los capítulos VIII y IX del *Quijote* resultan contundentes:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y, como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, *tomé un cartapacio de los*

*que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos (...) y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él (...) Dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo (...) Salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real (...) Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana...*(Cervantes, 2000: 97-102) (Énfasis mío)

Aquí podemos observar cómo la voz del narrador se ha zafado de toda autoridad del relato y nos dice que lo que estamos leyendo no es una historia incubada por su inventiva, sino una narración que parte de una lectura hecha por un tal Cide Hamete Benengeli, un árabe que cuenta la vida de un español, Alonso Quijano, lo cual, como es sabido, implícitamente otorgaría una lectura muy subjetiva de las vivencias de éste, pues todos conocemos la enemistad existente, especialmente en aquella época, entre moros y españoles.

Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera. Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, *no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado* (Cervantes, 2000: 103) (Énfasis mío).

Aunada a esta tergiversación de la historia, estaría la otra lectura que realiza el morisco contratado por Cervantes para que le traduzca la historia de don Quijote, la cual, finalmente, llega hasta nosotros, no por la voz *original* de un autor, sino por la intermediación de esas personas que han intervenido entre el autor *inicial* y el lector *final*. Por eso, Cervantes advier-

te desde su prólogo que eres tú:

Desocupado lector (...) con tu libre albedrío, que estando en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respeto de toda obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della. (2000: 11-12)

Como vemos, desde el principio estamos ante una clara desautorización del autor para dar paso a la aproximación del lector y su inacabada capacidad para remozar la obra según la lente que mejor considere adecuada para acercarse a la obra. Al despojarse el propio Cervantes de sus penachos autoriales, adopta él mismo la actitud del lector lúdico y compenetrado con la obra y empieza a formar parte de ella no como un narrador omnipresente que conoce y maneja el destino de sus seres, sino como un simple testigo mortal que quiere ser parte de ese mundo y que está atento de lo que le puede traer la lectura. Algo semejante manifestaba san Agustín cuando se dirigía a su lector: «Espera, Atiende, Recuerda», para participar de lo que se lee.

Entonces si seguimos estos preceptos presentados por Cervantes y Borges, emprender el serpentear misterioso por los meandros temáticos de Borges, tan atiborrados de saberes divinos como terrenales, no debería considerarse una empresa «arriesgada», pues al final siempre estaremos ejerciendo nuestro derecho de lectura desde nuestra percepción, sensibilidad y cultura. Pues debemos tener claro que Pierre Menard es «Un texto que se lee con dificultad pero que hace del lector no un mero consumidor, sino un productor del texto, que transmite al lector el deseo y la posibilidad de reescribir» (Figueroa, 2005: 175).

Ahora bien, si Cervantes recrea una cadena de desautorizaciones en la que el autor es dejado de lado para brindarle una mayor participación activa al lector, Borges, por otra parte con su Pierre Menard, toma literalmente la máxima de Julia Kristeva cuando consideraba que «todo texto se

arma como un mosaico de citas» (Citado por Menton, 1993: 44), y en primera instancia, se vale de una serie de datos enciclopédicos, típico de sus textos, para adentrarnos en una de las mayores empresas que se proponía Menard en nuestra época: escribir el *Quijote*. Pero ¿cómo hacer esto? Para Menard, según nos cuenta el narrador-investigador de la historia, resultaba sumamente sencillo: «olvidar la historia de Europa entre los años 1602 y 1918, ser Miguel de Cervantes». (Borges, 2006: 56). Pero olvidar la historia sería olvidarse de sí mismo. Escribir el *Quijote* en la actualidad, a la luz de estos últimos trescientos años de acontecimientos complejísimos, es casi imposible, pues son muchas cosas las que han sucedido: «Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo *Quijote*» (Borges, 2006: 58). Entonces, el Borges narrador nos hace ver que Pierre Menard decide mejor llegar al *Quijote* desde sus propias experiencias, es decir, desde su interpretación.

Menard, según advierte nuestro narrador, ha escrito el *Quijote* con la ayuda de algo más que un juego de intertextualidades:

...la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Redactada en el siglo XVII, por el “ingenio lego”, Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia. Menard, en cambio, escribe:

...la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia [es] madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad, sino como su origen. La verdad histórica para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. (Borges, 2006: 59)

Este *Quijote* de Menard podría parecer, a primera vista, un facsímil del *Quijote* de 1605, pero si seguimos a la luz de lo que intentó Cervantes, entonces lo que aquí está queriendo exponer el Borges narrador, según su punto de vista evidenciado por la calificación de “asombrosa” a la idea de

Menard, es *su* lectura del *Quijote* que intentaba Menard. Pues si bien es cierto que, en las primeras líneas del texto, el Borges narrador se apoya en algunas pistas que Menard le ha dejado en sus cartas sobre algunas cuestiones de índole compositiva y estilísticas, al final son sus reflexiones las que prevalecen, sentenciando que a pesar de los obstáculos que debió enfrentar Menard en la composición del fragmentario Quijote que se halló, éste era «mas sutil que el de Cervantes» sencillamente porque ha sido enriquecido por cuatrocientos años de acontecimientos y reinterpretaciones posteriores.

Por ende, que el Borges autor haya elegido este pasaje del *Quijote* en el cual se reflexiona sobre la *verdad* resulta muy sugerente, pues para él «existe una imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad» (Menton, 1993: 42). Al Borges ostentar que, en el *Quijote* de Menard, la verdad histórica no es lo que sucedió sino lo que juzgamos que sucedió, está reafirmando la idea de Cervantes en la desautorización del autor, y nos dice que no hay una sola verdad, pues al juzgar estamos emitiendo nuestro punto de vista, lo cual hará tantas verdades como personas juzguen. El lector entonces escoge una posición pragmática de la verdad que podría estar cobijada por lo que William James formuló: «La filosofía no comprueba la verdad, sino que la crea. Lo verdadero se determina según nuestras necesidades». Propuesta ésta que se fusiona con la ideología ya antes mencionada de Borges en la que la *verdad* es una entre tantas, pero que para él fue: «Pierre Menard, autor del Quijote». Una vez más, sólo ha quedado la voz de quien lee.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que Borges con este texto pretende hacer una apología del lector y «ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura». (Borges, 2004: 60). Es tal vez una forma de decirnos que lo importante no es cómo escribió Menard, sino cómo leyó Borges a Menard. Desacralizando así toda autoría y mostrándonos que sólo estamos ante una cadena actualizable que empezó, en este caso, cuando Cide Hamete Benengeli leyó e interpretó en árabe la historia de un hidalgo español -Alonso Quijano-, la cual luego fue leída e interpretada en español por el morisco que contrató Cervantes para dicho fin, que después fue leída e interpretada por Cervantes, que posteriormente fue leída e interpretada por Pierre Menard, que con el tiempo fue leída e interpretada por Borges y que, ahora, es leída e interpretada por usted y por

mí. Una historia en la que, como dijo Pascal, «No hay certezas de que haya sólo certezas», pero en la que se tiene la certeza, hasta ahora, de que cada lector, con su lectura, reelabora una interpretación, y en la que no habría cabida para lo que intentó asegurar César Vallejo cuando expresó que: «No hay exégeta mejor de la obra de un poeta, como el poeta mismo. Lo que él piensa y dice de su obra, es o debe ser más certero que cualquier opinión extra».

*San Cristóbal, febrero de 2009*

## REFERENCIAS

- Borges, Jorge Luis. (2001). *Arte poética*. Barcelona-España: Crítica
- . (2003). *Borges oral*. Madrid: Alianza
- . (2006). *Ficciones, El Aleph, El Informe de Brodie*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Cervantes, Miguel de. (2000). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Colombia: Edición especial para El Nacional
- Figuroa, Víctor. (2005). “Ideas semióticas en ‘Pierre Menard, autor del Quijote’, de Jorge Luis Borges”. Disponible en: <http://www.escritos.buap.mx/escr31/vfiguroa.pdf> [Consulta: 2008, marzo 26]
- García Márquez, Gabriel. (1982). *El olor de la guayaba*. Bogotá: Oveja negra.
- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Vallejo, César (1985) *Obra poética completa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho